

# LA MUJER ESPAÑOLA

## VISTA POR

# LOS ESCRITORES

Los más hermosos refranes españoles ponderan, con su contenido ético cristiano sacado de los Libros Sagrados, las virtudes que debe practicar la mujer, y reprueban los vicios de que ha de apartarse. En los copiosos laudes que de nuestras mujeres se han escrito por propios y extraños, se celebran esas virtudes como hábitos reales y efectivos que realzan su belleza física, la cual es también encomiada con vehementes expresiones de admiración.

En la breve antología que va a continuación se exalta a la mujer española como poderosa en un pueblo de soñadores más atentos a altas empresas espirituales que a menesteres prácticos. Y al mismo tiempo como mujer fuerte que edifica el hogar y desdeña libertades excesivas para consagrarse a formar sus hijos. La madre española es grave, es digna, recatada, de admirable austeridad en sus costumbres. Cuando Cervantes elogia a la Poesía llamándola «bellísima doncella, casta, honesta, discreta, aguda, recatada y que se contiene dentro de los límites de la discreción más alta», retrata también a la mujer española de los elogios españoles y forasteros.

Hay algo de penetrante, por ejemplo, en el juicio de Frank al saludar a la española como fundadora de un verdadero matriarcado cuyo do-

minio es necesario a nuestro pueblo. Se cuenta que Thiers decía al viejo Talleyrand: «Usted me habla siempre de mujeres y yo quisiera hablar de política». A lo que el príncipe respondía: «Pero si las mujeres son la política...» Con su sola presencia, con su acción quieta, silenciosa, oculta, la mujer española labra eficaz, decisivamente, el destino común.

No es extraño, pues, que el supremo poeta de la Patria, el que la vio y abarcó de modo más intenso y plenario, Lope de Vega, hiciese decir a uno de sus personajes lo que sin duda era una creencia íntima de su creador: que no hay nación como España para adorar a las mujeres.

Las adora por su belleza y por su gracia, tan loadas en los panegíricos. Y esta belleza física, aunada con un robusto sentido moral, es lo que realmente da carácter a la mujer hispana. Es injusto y despectivo pintar a España como un país de «troteras y danzaderas». Si danzando son alguien, nuestras mujeres incorporan, sobre todo, a la civilización su morenez—«la mujer y la tierra, morena», dice el refrán castellano—y el sentido de la vida eternizado en «La perfecta casada», sentido que permite al hombre español gozar el supremo lujo de viajar solo por el mundo sin plantearse siquiera el problema de la fidelidad de su esposa.—V. D.

## MORENAS Y CON GARBO

Su gracia y hermosura son temas de alabanza para el forastero. Y no ya el mero turista, sino la misma ciencia antropológica representada por el sabio italiano Mantegazza, que ha visitado diferentes tierras, lo observa; según esta autoridad, para quien el estudio de la belleza humana es un deber del antropólogo, la mujer más bella, tanto del viejo como del nuevo continente, es la de las razas española y británica, y entre las mujeres hermosas, las que dan tipos más perfectos son ellas también.

Ese modo de pisar, ese porte erguido y lleno de dignidad, con movimiento mesurado, hace pensar en las vestales, en las sacerdotisas que conducían las ánforas sagradas. Al mismo tiempo, la española tiene en su andar, juntamente con esa dignidad altiva, un algo felino y mimoso, pero lleno de contención natural. La gracia de un bello andar es distintivo de razas que producen tipos de hermosura humana, y el que en Inglaterra y los Estados Unidos sea tan rara esta cualidad, levanta algunas dudas acerca de la primacía de la belleza de nuestras mujeres. Como la diosa virgiliana, la mujer española es única en el arte de andar.

El rostro de la española siempre ha causado admiración por la coloración y por los ojos. En estas dos cualidades se reconoce universalmente su superioridad sobre las demás mujeres del mundo. El óvalo de la cara varía extraordinariamente; no es raro encontrar la línea clásica alargada con cejas bien trazadas.

Es corriente aludir a los ojos de estas mujeres por lo grandes, negros y penetrantes. Los ojos y el color de la piel son elementos de la belleza española reconocidos por los naturales y por los extranjeros. Otra característica he observado en la mujer española: la relativa inmovi-

lidad de su rostro, al que no asoman por lo general gestos ni movimientos superfluos. La mujer de España es la que tiene el cutis más bello. No hay razón para que se cubra la cara de polvos, como no la había antaño para que se tiñera de arrebol.

(HAVELOCK ELLIS: «El Alma de España».)

## LOS OJOS Y LA TEZ

Son de tez blanca, y casi todas de ojos negros, tanto que si alguna los tiene claros se la considera como algo extraño. Son muy animadas por la gran libertad de que disfrutan, andando por las calles de noche y de día como caballos corredores; hablan bien y son prontas en la réplica; cantan bien y trabajan mejor; tienen, sin embargo, tanta libertad que a veces parece exceden el signo de la modestia y el término de la honestidad.

(G. B. GONFALONIERI: *Memoria di alcune cose notabile accorse nel viaggio fatto di me... Sacerdote romano. 1592.*)

## LA DAMA DE ELCHE Y LA MUJER ESPAÑOLA

En su enigmático rostro, a un tiempo ideal y real; en sus ojos vivientes, en sus labios voluptuosos, en su tranquila y severa frente, se halla cifrada toda la nobleza y la austeridad, toda la promesa y la reserva, todo el encanto y el misterio de la feminidad. Es asiática por sus lujosos aderezos

y por cierta vaga técnica tradicional, que el artista ha conservado en el modelado; es también helena y aun asiática, merced a una indecible gracia genial de flor que le presta el mismo aroma de sus hermanas de la Acrópolis, y es sobre todo española, no sólo por el tocado y las dos grandes ruedas que enmarcan su delicada cabeza, sino por la turbadora rareza de su hermosura. Es más que española, si cabe, España misma; Iberia resurgiendo aún radiante de juventud de la tumba en que ha estado sepultada durante más de veinte siglos.

(PIERRE PARÍS.)

## EL MATRIARCADO ESPAÑOL

La mujer española es pragmatista en amor, lo cual es [para ella sólo el medio de criar hijos en la gracia de Cristo. En toda Europa no hay mujer menos apasionada y menos sexual. De muchacha es hermosa. Una viva expectación llena su carne de dulzuras y circunda sus ojos oscuros. Considera el matrimonio como la carrera mejor, pero después que se casa pierde la coquetería natural de la juventud. Se aquieta, engorda y se hace maternal. No tiene instinto para el juego del amor. El virtuosismo en la mujer es un lento proceso que se nutre a expensas de la pasión maternal. Esta diversión es rara en España. La ciencia sexual de la mujer francesa y de la mujer americana es una perversión desconocida y sin objeto para la mujer española, que lleva sobre su cabeza una corona invisible de poder maternal.

Porque la mujer española es poderosa, y poderosa en una tierra de hombres furiosamente soñadores, la experiencia la ha hecho sobria y experta. El hombre español es el campo de las pasiones, de los ideales y de los anhelos contrarios que se equilibran en nada; y ella, sensata y prudente, sin pasión ni misticismo, es la actitud compensadora; desconfía de todos los excesos, hasta de aquellos que son del servicio maternal. El hombre ha dado unos valores sagrados a las palabras Estado, Dios, Honor, y la tarea de la mujer es materializar estas palabras que en boca del hombre representan inacción. La familia, el huerto y el mañana son el credo de la mujer española.

La mujer española no se ha contagiado de metafísica. Su heroína, Santa Teresa de Jesús, es una ilustre ama de casa, una matrona glorificada de Cristo. La esposa del español no tiene, como él, los caracteres complejos, violentos y contrarios de la voluntad y la expresión, ni tiene la necesidad de gastar sus energías en rehacer la unidad de un caos interior. Es entera por naturaleza y es enemiga hasta de las más legítimas anarquías del espíritu. Hay en ella una heroica amplitud que recuerda a las reposadas mujeres hebreas. Es la salvadora de España, porque es la respuesta a los excesos de acción y de inacción del español.

A falta de patriarca, España ha venido a ser un matriarcado. El español no ha podido regir a España porque ha estado demasiado atento siempre a establecer el reino de Dios sobre la tierra y a equilibrar sus impulsos contrarios, y poco a poco, y de una manera privada, la mujer ha ido ganando el poder. Le concede al hombre muchas libertades: triviales libertades que llamaría «románticas» si conociese la palabra. Le permite «gobernar», votar, tener posesiones, reñir, beber, frecuentar los garitos y los lupanares. Le deja hacerse la ilusión de que es el muchacho modelo que cree ser el centro del mundo a causa de sus vicios escandalosos, de los cuales la política y el periodismo son los más absurdos. Ella, entre tanto, conduce el bajel perezoso de España con Cristo por brújula y el sacerdote por timón. A su cargo está la educación intelectual y moral de los hijos y la formación de aquellos hábitos que son más fuertes que las leyes. En sus manos está la familia y la familia es España.

El carácter de España necesita imperiosamente el dominio de la mujer, porque el pensamiento de la mujer es individualista y España es un cúmulo de partes armónicas más bien que un organismo. La mujer forma la molécula de su familia con los átomos españoles y edifica un hogar sencillo donde su marido pueda vivir.

(WALDO FRANK: *España Virgen*.)

## MANOS BLANCAS Y OJOS NEGROS

... Y como un ángel del cielo,  
a la traza del romance,  
manos blancas y ojos negros.

La ceja con la pestaña  
son, entre raso revuelto,  
molinillo y entorchado,  
y por niñas dos anzuelos.  
Airosa como en Madrid,  
discreta como en Toledo,  
como en Sevilla, amorosa,  
y con fe como en Marruecos.

(LOPE DE VEGA: *Los ramilletes de Madrid*.)

LISARDA.—Hay mujeres incansables,  
que dan en ser tan curiosas,  
que se les pasan las vidas  
en andar desvanecidas  
y a todo el mundo enfadosas.  
Y tardando en escoger,

lo mejor suelen pasar,  
y andan después a rogar...  
A codicia del dinero,  
del entendimiento y talle,  
es una lonja esta calle  
del ginovés caballero,  
del indiano portugués,  
del papelista, el letrado,  
el viejo rico, el soldado,  
el lindo... aunque no lo es  
ninguno de ellos con ella;  
a todos faltas les pone.

(LOPE DE VEGA: *Los melindres de Belisa*.)

## NADIE LAS QUIERE TANTO

¿Tú eres español, enemigo? No es posible, pues de ellos oigo decir y he leído que ninguna nación del mundo ama tan dulcemente a las mujeres, ni con mayor determinación pierde por ellas la vida.

(LOPE DE VEGA: *El desdichado por la honra*.)

REY. Pues dicen que no hay nación  
que así estime, adore y quiera  
las mujeres, ni prefiera  
a la hacienda, a la opinión,  
y aun a la vida, su gusto.

MAESTRE. Bien se ve en las galas y oro  
que les dan.

REY. Con gran decoro  
las sirven y aman, y es justo  
así por deuda tan clara  
del nacer, como por ser  
la hermosura de mujer  
cosa tan perfecta y rara.

(LOPE DE VEGA: *Porfiar hasta morir*.)

LAURA. ¡Oh, cuánto a España debemos  
las mujeres!

Es verdad.  
No hay nación que en mayor precio  
las tenga ni más las sirva.  
El hombre que vale menos  
gasta en vestir su mujer  
más que en el dote le dieron.

(LOPE DE VEGA: *La vengadora de las mujeres*.) (1)

## MORALIDADES DE UN BIÓLOGO

EL definidor supremo del pudor de nuestras mujeres reside en París, como el definidor inapelable de lo moral tiene su sede en Roma.  
En caso de conflictos entre ambos definidores, ¿quién vencerá?  
Ni que decir tiene: el modisto.

Fuera del amor de madre y de esposa—la madrecita joven del marido— todos los demás sentimientos representan hartas veces memoriales de protección o pasatiempos de camaradería.

Incontables filósofos, poetas y novelistas han deplorado amargamente la pretendida ligereza y versatilidad de la casada. Séame lícito, empero, en tan escabroso asunto, disentir de la opinión general. Considero más piadoso y justo pensar con Goethe que donde reinan las mujeres reinan la moral y el decoro.

(RAMÓN Y CAJAL: *La mujer*.)

(1) Los textos de Lope están sacados del erudito monumento *La sociedad española en las obras dramáticas de Lope de Vega*, por D. Ricardo del Arco y Garay (Madrid, 1942).